

El capitán sabía ya mis amores con Emma, y no extrañó en manera alguna que al verla yo mala continuase hasta el fin de aquella navegación.

En la tarde la fiebre había tomado un carácter demasiado grave. Entramos el capitán y yo al camarote de Emma, á cuya cabecera estaba la camarista del buque. El semblante de esta buena mujer me reveló hasta dónde era grande el peligro de perder para siempre á la mujer que tanto había yo amado.

Emma deliraba; al oír mi voz hizo un esfuerzo y abrió los ojos. ¡Ah! ya no eran aquellos brillantes ojos negros que tan dulcemente me habían mirado: la mirada de Emma era.....yo no podré explicar lo que era aquella mirada!

No pudo hablarme, ni al capitán, y salimos del camarote con el alma despedazada.

Ya no tuve valor para penetrar otra vez al lugar en que Emma se moría; sí, Emma se moría; la fiebre amarilla, la fiebre á que le temía tanto Emma, se había desarrollado en su sér con todos sus horrendos caracteres:

La noche estaba serena; el buque hendía las olas con magestad y dejaba trás de sí una estela luminosa. Las brisas de la noche suspiraban entre las jarcias, y no parecía sino que la naturaleza acallaba todos sus ruidos para hacer mas espantosa mi soledad y mi tormento. Estaba yo sólo conmigo mismo, en presencia de la inmensidad y sintiendo un dolor mas grande que el que es dado concebir.

No apoyado en la barandilla del buque, convertido en una estatua, permanecí horas enteras, sin sentir cansancio, sin atreverme á preguntar al capitán el estado de la enferma.

Serian las tres de la mañana, cuando el capitán se acercó á mí, y me dijo:

—Don Carlos, el aire de la noche va á hacer á vd. mal. Vaya vd. á descansar.

—Por Dios, capitán, ¿qué ha sucedido con Emma?

—Sigue.....

Mi mano, que estaba entre las de mi amigo, sintió el hielo que circuló por ellas.

Todo lo comprendí; Emma había muerto.....

Número fatal, maldito seas.....

Seis días después de aquel en que pasaron estos sucesos tristísimos, me encontré al abrir los ojos una mañana, en una habitación desconocida para mí.

Aquel no era mi camarote; llamé y presentóseme un criado.

—¿En dónde estoy?

—En la Habana, señor, en el Hotel de las Naciones. Hace dos días le trajeron á vd. enfermo, por el capitán de un buque americano, que puso á la cabecera de vd. uno de los médicos mas afamados de la ciudad recomendándole que lo asistiese con todo esmero. Son las nueve de la mañana, y el doctor, que viene tres veces al día, no ha de tardar.

—¿No sabes mas?

—Nada, señor.

—Bien, retírate.

A poco que el mozo me habia dejado solo, entró el doctor.

Era un hombre de fisonomía dulce y agradable; de muy finas maneras y de una voz simpática. Nunca le olvidaré; me atendió con verdadero cariño, y á sus cuidados debí el restablecimiento en pocos días.

¿No es verdad que mi situación era desesperada? Pero dejemos eso que los hombres que no conocen el amor, llaman declamaciones impertinentes.

Cuando el doctor me vió completamente restablecido, puso en mis manos una carta de mi buen amigo el capitán.

Héla aquí:

“Amigo mio: Quise evitar una nueva desgracia, y me resigné á abandonar á vd. en esa ciudad, no sin dejarle bien recomendado á uno de sus mas inteligentes facultativos. Si algun día nos volvemos á ver, como lo espero y deseo, contaré á vd. los tristes pormenores de la muerte de Emma. No se canse vd. en averiguar el lugar en que yace; su tumba fué el océano, pues sabe vd. que no

es permitido llevar cadáveres á bordo. Yo cuidaré de enviar á vd. una hermosa fotografía de tamaño mayor, hábilmente ejecutada, en que Emma está retratada.

Adios, don Cárlos, sabe vd. que le estimo como á un hermano. Adios."

Si alguna vez habeis experimentado ese consuelo bienhechor que se siente al visitar la tumba de un sér amado, podreis graduar cuánto no fué supremo el pesar de mi alma al saber que jamás podria depositar coronas, ni verter lágrimas sobre la losa de Emma. Yo la hubiera sepultado en el fondo del mar, sí; pero en un banco de coral, en un sepulcro cual otro sér no lo habrá alcanzado.

Desde entonces el recuerdo de esa aparicion que encantó tan dulcemente algunas horas de mi vida, me sigue á todas partes; desde entonces el mar que siempre habia sido para mí manantial inagotable de pensamientos, pues á su presencia el alma se engrandece y el corazon se dilata, me causa con su rumor el mas hondo y amargo de los pesares,

y desde entonces tambien, á riesgo de que se burlen de mis preocupaciones, no me sientó á una mesa en que el número trece prevalezca.

Muchas veces me habia reido de los que decian ser peligroso hacerlo; pero hoy, al pensar en Emma, en la encantadora mujer á quien amaba tanto mi corazon, á quien ama todavía, preferiria atravesar el paso mas peligroso y no exponerme á un nuevo pesar, ocasionado por esa infame cifra.

Querreis, sin duda, saber si el dia en que torné á mi hogar, reanudé mis relaciones con Isabel. ¡Imposible!

Dos meses despues de que me ausenté de Mérida, viendo que no recibia carta alguna mia, se resignó á corresponder al primero que le juró amor, y que le contó que mi amigo Emilio me habia visto á bordo de un vapor americano, viajando con una inglesa muy linda.

Quando supe esto, sentí quitarse un peso que habia en mi corazon. Podia yo entregarme á mis recuerdos, sin que otra sombra

mas que la de Emma, me acompañase en las horas de mi vida. ¡Qué melancolía tan grande se siente, cuando atenuados los dolores por el tiempo, acariciamos en nuestros sueños la sombra de los seres que dejaron este mundo por otro mejor, y que impalpables para todos ménos para nosotros, son los espíritus protectores de nuestra existencia!

Para concluir os diré que el capitán cumplió fielmente su promesa, y que guardo como un tesoro ese retrato ante el cual evoco, en el silencio de la noche, al espíritu de la mas bella, de la mas inteligente de las mujeres que he conocido.

Emma, descansa en paz. ¡Bendita seas!

* * *

Lector: si esta narracion te ha agradado no me lo agradezcas, pues no es sino un episodio interesante entre los que hallé cierto dia en un libro de memorias que vino á mis manos sin saber yo cómo. Esa historia me

reveló á un hombre de corazon á quien yo hubiera querido llamar mi amigo, porque muy pocos en el mundo comprenderán mejor que yo toda la amargura que hay en la muerte de un ser á quien adora nuestro corazon. Además, hay tan pocos hombres de corazon.....!